



En Riso

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO

D. CARLOS FRONTAURA.

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.—Teléfono 684.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.

Extranjero y Ultramar: Año, 15.

Número suelto, 15 cénts.—Atrasado, 25 cénts.

LA MASCARITA SENTIMENTAL.



—Si supiera usted mi historia... Es muy triste, pero muy triste.

—Oye, niña, no es precisamente para oír historias para lo que he venido al baile.



EL COTILLÓN.

Las esferas de los elegantes relojes estilo Luis XV que decoran el salón principal del palacio señalan las dos; son las dos de la madrugada. El baile, que comenzó á las once de la noche, está brillante y animadísimo; algunos personajes graves que fueron solo á hacer su presentación en los salones, han desaparecido ya; pero el núcleo principal de los convidados anima la fiesta.

Muy pronto va á comenzar el cotillón: los jóvenes han unido las ligeras sillas de rejilla con un pañuelo, formando con ellas parejas de asientos, que van á ser tronos de amor en cuanto las ocupen las beldades á las que están destinadas: los músicos se preparan en el *buffet* para las rudas tareas que les esperan; y en las anchas bateas forradas de batista blanca, adornadas con lazos de colores, están ya colocados los caprichosos objetos que se han de cambiar los bailarines, y que se guardarán luego como cariñoso recuerdo. ¡Cuántos señalarán el principio de una historia! ¡Cuántos otros evocarán, cuando pase el tiempo, la grata memoria de un momento de felicidad! Los juguetes del cotillón son las flores del invierno en los salones, y con ellos, como con las flores de los campos en la primavera, se complace el amor en formar sus guirnaldas.

El cotillón es la alegría de las muchachas jóvenes y el martirio de las mamás.

Examinemos á éstas y á aquéllas al comenzar la parte principal de las aristocráticas fiestas, para formar idea de sus impresiones.

LA MAMÁ.

Hacia algunos años que la buena señora vivía

retirada del mundo; en cuanto lució las galas de su *trousseau* y pasaron los encantos de la luna de miel, sintió su alma una gran

necesidad de reposar, y se retiró á su casa, haciendo el saldo de las ilusiones y los desengaños con un déficit no muy pequeño en contra de

aquéllas. Vinieron luego los primeros hijos, los nuevos cuidados; el cuerpo esbelto perdió algo de aquella gentileza tan celebrada en piropos y revistas, y entre los cabellos asomaron indiscretas las primeras canas. ¿Para qué ir ya á los bailes? La

señora se hizo muy comodona, tomando la vida bajo un aspecto de tranquilidad material, que si no era la dicha, tenía al menos en la calma sus apariencias.

Y así pasaron algunos, muchos años, durante los cuales sus hijas crecieron, y fué preciso sacarlas del colegio, y vestir las de largo poco después.

Al primer vestido largo, sucedió su consecuencia natural, llevarlas al mundo. Las niñas, por la posición de sus padres, por la belleza de ellas, por los planes respecto á su porvenir, no podían estar metidas en un rincón, y era preciso que brillasen en sociedad como veinte años antes había brillado su madre.

La mamá, por lo tanto, tuvo que sacrificarse, y abandonando los hábitos de apacible comodidad á que se había acostumbrado, volvió á los salones.

Todo lo llevaba con paciencia y hasta con agrado, menos el cotillón. No disgusta volver á recorrer los lugares que evocan en el alma los recuerdos gratuitos de la juventud, y el baile en las primeras horas de la noche no estaba desprovisto para ella de atractivos. Lucir sus alhajas de señora casada, hablar con las amigas, recordar con los contemporáneos alguna alegría del pasado, buscar chispas en el rescoldo de las memorias dormidas, no deja de ser agradable. Pero en cuanto llega el cotillón comienza para la mamá el tormento; el sueño llama á los cerrados ojos, que hacen esfuerzos para continuar abiertos, e calor es insuportable en la sala, el monumento de la *toilette* que comenzó á formarse á las ocho de la noche, antes de la comida, se descompone; las flo-

res se deshojan, caen lánguidas las plumas, pinchan las horquillas, pesan las joyas, aprieta extraordinariamente el corsé, y el rumor continuo, incesante del vals, que sin parar ejecuta le orquesta, le produce dolor de cabeza.

Y no hay más remedio que soportar el tormento. ¿Cómo llevarse á casa á las niñas cuando están tan contentas? De cuándo en cuándo llegan radiantes de felicidad á depositar en la falda de su madre los juguetes que han recibido como tributo de su belleza.

LA NIÑA.

Para la niña recién salida al mundo, es el cotillón la apoteosis de la dicha. ¡Qué hermoso es bailar! Deslizarse suavemente por el *parquet* al compás de la música, sintiendo la cintura oprimida por un brazo querido, escuchando palabras más dulces que las notas de la orquesta, y viajando á toda vela por el país dorado de las ilusiones.

Y lo mejor del baile es indudablemente el cotillón. No se explica cómo su madre le tiene tanta antipatía. Un baile sin cotillón sería como una flor sin aroma, como un día sin sol, como una noche sin estrellas.

Los demás bailes se bailan con cualquiera, por compromiso muchas veces, por no decir que no. Pero el cotillón es otra cosa: la pareja para él ya es una persona preferida, y luego como las simpatías no han de estar condensadas en un solo su jeto, hay ocasión de demostrarlas á aquellos que las inspiran, sacándolos á bailar.

¡Y el placer de sentirse distinguida por la persona á quien se quiere! Mirarle de lejos cuando la directora del cotillón le da el objeto que le ha de servir para buscar pareja, acechar con el rabillo del ojo cuando se levanta; hacerse la distraída cuando se acerca á ella y pagarle después con una dulce sonrisa la preferencia lanzándose en seguida en el alegre torbellino del vals, todo esto es agradabilísimo.

*
* *

Por fin, la orquesta acelera sus compases y unos cuantos pasos de galop ponen fin al tormento de las mamás y á la alegría de las niñas.

Las unas se envuelven en las pesadas pieles, las otras en las ligeras cachemiras, y el coche lleva á casa unidas en el fondo del vehículo las sonrientes ilusiones y los tristes desengaños.

KASABAL.

CANTARES Ó CANTÁRIDAS.

Los que de ponerse el mundo por montera hacen alarde, se exponen á que algún día la montera los aplaste.

Lo que abunda no daña,
dice un proverbio;

¡pero abunda lo malo
más que lo bueno!

Modelo de castidad
es la humana criatura;
pues nada le ofende tanto
como la verdad desnuda.

El que quiera meter ruido,
que toque á menudo el *bombo*.
¡Cuántos hay que lo manejan
para ensalzarse á sí propios!

JAVIER GAZTAMBIDE.

SEÑAS MORTALES.

Un mal pintor retrató
al violinista Garrido,
y por más que se esmeró,
el retrato resultó
sin pizca de parecido.

Un hijo del retratado,
que es un tonto rematado
como no ha habido ni habrá,
miró el cuadro, y de contado
dijo gritando:—¡Papá!

Quedó el pintor engreído;
pero el padre enfurecido
preguntó á su Benjamín:
—¿En qué, di, lo has conocido?—
Y contestó: —¡En el violín!

VOX POPULI.

No bien dió César al amor primero
de la cándida Elena pasaporte,
dió su mano á una dama de la corte
que tenía muchísimo dinero.

Elena, presa del dolor más fiero,
buscó á su mal en la virtud soporte;
mas perdido el amor, de su alma norte,
fué su vida de lágrimas reguero.

Pasó el tiempo, que todo lo refrena,
y, cuando Elena menos lo temía,
vino la muerte á sorprender á Elena;

Y ¡oh poder de la humana fantasía!
El mundo dijo que murió de pena,
y murió... de estantería en Almería.

CARLOS CANO.

EPIGRAMAS.

Tu gran nariz viendo un día
pensaba con torpe seso,
cómo tan enorme peso
llevar un hombre podía.

Pero al ver tus piés después,
me lo expliqué todo, Ortiz;
que bien puede tal nariz
sostenerse en tales piés.

A Ramona el otro día
le preguntó don Bermudo:
—«¿Tomas tú muy á menudo
el pan de la Eucaristía?»

Y la buena de Ramona
dijo en su ignorancia crasa:
—«Lo tomo de la tahona
que está enfrente de mi casa.»

LIBORIO PORSET.



Á MARÍA ROSA.¹

Muy buena moza mía de toda mi consideración, y me quedo corto.

Por conducto de don Eduardo de Palacio, que es el manuscribiente de usted, lo cual que le envidiarán más de cuatro, he recibido la apreciable de usted, que paso á contestar. Veo que no está usted del todo satisfecha con el empleo que le han dado en el taller del *despalillao*, como usted dice, en la Fábrica de Tabacos, y que sintiéndose con facultades, quiere usted cambiar de situación política, por eso, y porque la tienen escamada las máquinas, ésas con que dicen se hacen los cigarros ellos solos con grave perjuicio de las señoras del ramo, que es gala y honor del barrio de Embajadores y de todo el distrito de la Inclusa.

¡Ay, María Rosa! Vea usted lo que hace y no se precipite á salirse de la Fábrica, aunque le pro-

meta el oro y el moro ese chico banderillero que habla con usted y que por lo visto es un maleta sin principios ni estudios de toreo ni de ninguna otra facultad superior, y le apuesto á usted una peseta contra cinco duros á que el día que se vea en la plaza con las banderillas en la mano, le faltará tierra por donde correr en cuanto el toro le mire. Los *Guerritas* son pocos en este mundo, y con lo que ese *desgalichao* gane en el arte, no tendrá ni siquiera para fósforos, puesto que de tabaco usted le provee, por donde se viene en conocimiento de que es un sinvergüenza, pues está muy feo que un hombre tome de una mujer de la posición de usted cosa que se compra por dinero.

Seré franco y sincero con usted, diciéndole que por las señas que me ha dado de usted su manuscribiente, creo yo que usted se merece,

pongo por caso, algo mejor que ese mono sabio con pretensiones, y que será una lástima que se malogre usted casándose con semejante sujeto, cuando usted, pongo por caso, puede aspirar á un chico del *Velo*, ó á un diputado de esos que van para ministros, lo cual que el manuscribiente de usted y yo tendríamos una satisfacción si la viéramos un día ú otro en berlina oficial de dos caballos oficiales también, con los cocheros con la librea del ministerio, y aquella franja de oro en el sombrero y la escarapela de reglamento. Y estaría muy honrado el coche y el ministerio, que á lo menos usted es buena moza de suyo, y todo el mundo diría: «¡Olé, salero!», viéndola á usted en el coche del Gobierno, que ahora suele verse ocupado por alguna niñera deslabazada con cinco ó seis chiquillos, que en cuanto dejen los andadores querrán ser ministros como el papá, ó el abuelo, ó el tío.

Para conseguir una posición social y política, creo también que no debe usted pensar en meterse á dormida de esas que bailan y cantan y tocan el piano mientras echan un sueño, porque usted

(1) Véase el número anterior.

ni es anémica, ni histérica, aunque puede ser histórica, ni tiene los nervios averiados, y con sus carnes propias bien apretadas, y sus ojos habladores, y su garbo y su aquel, no hay chavó seductor ó cosa así que la duerma á usted ni *se quede con usted*, que sería capaz de soltarle tres bofetadas en cuanto empezara el amigo á darle pases de muleta. No dormida, sino muy despierta ha de estar usted y con mucho ojo, que una mocita de sus circunstancias nunca tiene ojos bastantes para librarse de las asechanzas y peligros que la rodean, porque en este mundo por la presente hay mucho tuno, y ni siquiera ha de fiarse usted de quien le diga que viene con buen fin, que esto del buen fin puede ser verdad respecto de él, pero para usted puede que el fin fuera un tropezón de esos que debe evitar toda mocita de buena cara y buen cuerpo. Y oiga usted, prenda, tampoco ha de fiarse del manuscrito que se ha echado usted, que es mozo que lo entiende, y tiene una pluma y un pico de oro con que no le costará trabajo volver loca á una sujeta como usted y aunque sea á una señora principal.

Por lo demás, creo yo que mientras no logre usted que la lleve á los altares un personaje de cuenta, que es lo que usted merece, lo mejor será que siga en el *despalillao* en la Fábrica de Tabacos, y bien podrá suceder que un día que visiten la Fábrica los capitalistas, banqueros y demás gente ordinaria que compone la Compañía, alguno de ellos se enamore de esa personita y la saque de despalillar, y entonces me dará usted las gracias por mi desinteresado consejo, y yo quedaré completamente satisfecho de haber hecho por usted lo que haría un padre por su hija.

Adiós, niña, mis recuerdos al manuscrito de su carta, y que no *haiga* novedad. Y mande usted lo que quiera á su afectísimo que le besa los pies y las manos y etcétera.—El *Direitor*, como usted dice, de LA RISA.

EL COMPARSA.

En la complicada máquina teatral, la rueda al parecer más insignificante, es absolutamente necesaria para el movimiento escénico.

Las óperas más grandiosas, los dramas de espectáculo más renombrados, las comedias de magias más populares, las zarzuelas de mayor reputación, no podrían representarse sin grandes tenores, sin tiple de *primísimo cartello*, sin damas y galanes de primer orden, pero tampoco sin comparsas; honrados braceros, que robando horas al descanso exigido por las faenas del día, trabajan de noche en el teatro mediante el estipendio de dos reales, con que aumentan los ingresos destinados al sostén de una familia.

Hay comparsas de dos clases.

Constituyen la primera los comparsas inconsistentes, naturalezas insensibles al calor del arte, y la segunda los que, susceptibles del sentimiento artístico, toman parte en la acción de la obra en que figuran, y con un gesto, con un movimiento contribuyen á la animación del cuadro que se representa.

Ejemplos.

Dirigía yo la escena del teatro Real allá por el año 1880.

Ensayábamos *Roberto el diablo*.

Un comparsa joven, de bastante buena figura y modales hasta cierto punto distinguidos, hacía de príncipe de Granada.

Al entrar en el salón de armas donde se verificaba la recepción después del torneo, le oí decir al grupo de comparsas colocado á la puerta:

—Saludadme, que soy el príncipe.

Otro detalle para confirmar su conciencia artística.

Bajé al cuarto de comparsas antes de empezar el acto segundo, para cerciorarme de que estaban vestidos, y dar orden de levantar el telón.

Contra lo terminantemente preceptuado por la dirección, los pobres comparsas estaban bebiendo vino, fraudulentamente introducido en el santuario del arte.

—Echa un trago,—le decían los compañeros al que hacía de príncipe.

—Cuando me desnude,—contestó.—Los príncipes no beben ese vino, y en jarro mucho menos.

Dí conocimiento á la empresa de esta dignísima contestación, y el espléndido empresario don José Fernando Rovira mandó que se le doblara el *bolo* á aquel comparsa excepcional.

Este artista en embrión, con su discreción ingénita, ponía más en relieve la falta de sentido común de un renom-

brado bajo, que hacía el Marcello de *Gli Ugonotti*, ópera que puse yo en escena en un importante teatro de provincias.

Cuando en el primer acto viene tapada Valentina á casa de Nevers, para hablar con ella, retírase de escena el conde. Dije á los coristas que lo saludaran afectuosamente y como envidiosos de sus triunfos en las lides de Cupido.



—¿Y á mí por qué no me saludan?—dijo el bajo en cuestión encarándose conmigo.

—Porque usted en esta ópera no representa más que á un asistente, á un criado, digámoslo de este modo, de Raoul de Nancy.

—Bien, pero soy *parte principal*.

Histórico.

De buena gana le hubiera robado la hermosa voz de bajo que poseía, para regalársela al príncipe de Granada, que no bebía vino tinto por respetos á la armadura.

Volvamos al teatro Real.

Estamos en pleno acto segundo de *Gli Ugonotti*.

Cuando la nobleza de Francia, capitaneada por Saint Brís, gobernador del Louvre, baja al parque de Chenonceux á prestar juramento de fidelidad á Carlos IX ante *la Margot*, para mayor conjunto y más visualidad en el cuadro, coronase la meseta de la ancha escalinata que conduce á los jardines con ocho *armados*, nombre tradicional en el lenguaje de bastidores con que se denomina á los comparsas adornados con las lucientes y férreas armaduras completas que forman parte de la es-



pléndida y soberbia armería que poseyó en un tiempo el opulento empresario don Simón de las Rivas.

Apenas pronunciada la hermosa frase

Per la fe
per l'onor...

oí un estrépito espantoso.

Llegué apresuradamente al punto de donde procedía el inesperado ruido, y hallé á un *armado* tendido en

el suelo y quejándose lastimosamente á través de la calada visera.

Entre dos asistencias y yo lo pusimos en pie, no sin hacer grandes esfuerzos. El pobre se había caído desde lo alto de la escalinata.

—¿Se ha lastimado usted?

—Sí señor,—me contestó.

—¿Mucho?

—Bastante; y gracias que he tenido la suerte de *caer de cabeza*.

La frase resulta imbécil, y sin embargo, en el fondo, el pobre comparsa tenía razón.

La forma del duro casco, perfectamente almo-

hadillado por la parte interior, lo había preservado, dado el modo de caer, de la inevitable necesidad de romperse la crisma.

Este comparsa, así y todo, resultaba inconsciente, porque en la quinta representación de *Los Hugonotes* lo sorprendí poniéndose el casco de revés, y con la rodela en el brazo derecho.

—¿Por qué coge usted la lanza con la mano izquierda?—le pregunté.

—Porque soy zurdo, y si hay que atizar... no quiero ser manco.

Al oír esto le dí de baja en la milicia, haciéndole ingresar en el pacífico cuerpo de aldeanos.

Otro detalle que prueba la existencia del grupo de comparsas inconscientes.

Representaban en el teatro de Novedades *La Campana de la Almudaina*.

Dirigía el teatro Juan Casañer.

Entran en el salón del castillo dos comparsas trayendo candelabros con velas encendidas para alumbrarlo. Y entraron como Pedro por su casa.

—Saluden ustedes,—les dijo Casañer en voz baja.

Y los dos comparsas, en vez de hacer una inclinación con la cabeza, saludaron quitándose las pelucas, creyendo sin duda que se quitaban las gorras.

Al juicio de ustedes dejó la apreciación del efecto de risa que el original saludo produjo en los espectadores.

La siguiente histórica anecdotilla será una confirmación plena de que también existen los comparsas comprendidos en el primer grupo.

Lamentábase el eminente actor don José Valero de la voz exigua y atiplada con que decía ¡Viva! uno de los comparsas que figuraban en una representación de *Guzmán el Bueno*.

—A ver, con entusiasmo. ¡Viva!—decía el inmenso actor.

—¡Viva!—contestaba el comparsa con un hilillo de voz.

—¿Qué voz es ésa?—dijo indignado el decano de nuestros actores.

—Voz de dos reales, don José,—contestó el comparsa.

Y tenía razón.

¿Qué cantidad de voz puede exigirse por cincuenta céntimos?

Este discretísimo comparsa con buena voz, estoy seguro de que hubiera podido hacer el *Niño* á maravilla.

Las empresas pagan tres reales por cada comparsa; pero no llegan más que dos á los interesados. La diferencia queda en poder del individuo llamado *cabo*, jefe inmediato de la comparsa, á quien las masas consideran y atienden, porque de él depende que trabajen ó no.

El director de escena llama al cabo de comparsas y le dice;

—Para tal obra necesito tanta gente.

El cabo la busca.

Los guiones ó listas de los cabos de comparsas son notables.

Veinticuatro caballeros.

Nueve magistrados.

Un verdugo.

Tres frailes.

Seis doncellas.

Etc., etc., etc.

Llega el momento de hacer ensayos con la comparsaría, y el cabo dispone y ordena los grupos con arreglo al guión.

Como el orden y la subordinación no son las cualidades distintivas de nuestros teatros, ocurren con frecuencia diálogos de esta naturaleza:

El director.—¿Y los magistrados?

El cabo.—Ahora vienen.

Director.—¿Dónde están?

Cabo.—Echando unas copas en la taberna de enfrente.

Director.—¿Y las doncellas?

Cabo.—No parecen por ninguna parte.

Director.—¿Pero esos caballeros vienen ó no?

Cabo.—Ya van; se están comiendo entre seis dos realitos de judías.

Y el cabo, estimulado por la impaciencia del director, va de un lado á otro hecho un palomino atontado.

Cabo.—¿Tú eres caballero?

Comparsa.—¿Yo? Yo no soy de esos,—dice desdeñosamente.—Yo soy fraile.

Cabo.—¿Eres tú doncella?

La comparsa.—Parece que usted no me conoce,—contesta toda ofendida.

Director.—¿Y el verdugo?

Cabo.—Ha ido á afeitarse.

Director.—Vengan las monjas.

Cabo.—Faltan dos.

Director.—¿Y eso?

Cabo.—Se han ido al baile de la Alhambra.

Estrénase por fin la obra con éxito ruidoso.

Los críticos se ocupan de todo menos de los pobres comparsas que han hecho su papel admirablemente y han sacado las evoluciones de un modo inimitable.

¡Siempre se rompe la sogá por lo más delgado!

Por fortuna los actuales directores de escena van ennobleciendo poco á poco á la humilde comparsaría. Ya obligan á las empresas á que les calce las extremidades.

Ya no vemos, en Madrid al menos, guerreros con loriga y alpargatas, ni romanos con malla de carne y botitos de becerro.

Todo se andará.

Y entonces rendirá todo el mundo á los comparsas el tributo de admiración y respeto con que los distingue

RAFAEL MARÍA LIERN.

THE GUILLADURY.

Desde que se inauguró en la calle de Carretas una confitería—muy buena por cierto—con el título anglo-latino de *The Criterium*, como si se tratara de la famosa obra de Balmes traducida al idioma de Billy-Hayden, ya no me sorprende nada, absolutamente nada.

Por eso no me han sorprendido:

Ni el semifiasco de la Patti en el teatro Real;

Ni el *furor teutonicus* con que Bismark ha amenazado á Europa;

Ni los *subcesos* de Río Tinto, como dice un diputado reformista (de la lengua);

Ni el rótulo siguiente que acaba de ponerse en la puerta de un establecimiento, que no vacilo en reconocer como de los más importantes y acreditados en su clase: *THE FUNERARY*.

¡Cáspity con the letrery!

No diré yo que eso sea faltar á los transeuntes, pero «azararlos» sí es.

No sabe uno, al leer el novísimo letrero, si echarse á reir ó á llorar.

Ambas cosas son igualmente inconvenientes.

El llanto perjudicaría en sus intereses al dueño de *The Funerary*, dadas las órdenes del gobernador civil á las agencias fúnebres de no exhibir en sus establecimientos emblemas excesivamente fúnebres.

La risa sería una manifestación de irrespetuosa impiedad, *irrespetuosity impiety*, como diría regularmente *the proper cosechery*.

No hay más remedio, para no echarse á reir ni á llorar, que echar á correr.

Pero ¿dónde irá el buey que no are, ni por dónde andará el madrileño que no tropiece con rótulos y muestras del género «abracadabrante»?

Reconozco de buena voluntad que cada cual es muy dueño de hacer de su capa un sayo (*of her capy an sayi*, con arreglo al gusto de nuestros modernistas con tienda abierta); y no será el biznieto del padre de mi abuelo quien emprenda campañas contra «el rótulo libre en la fachada libre», novísima enseña de los revolucionarios del comercio y la industria.

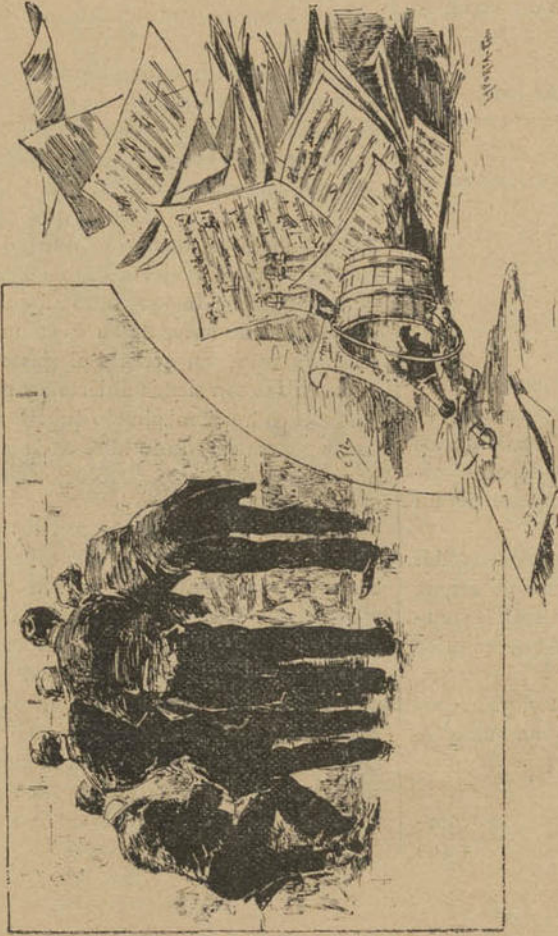
Nada de eso. ¡Adelante con los faroles! Después de comprar dulces en *The Criterium* y de encargar una corona fúnebre en *The Funerary*, nos mandaremos hacer un par de botas en *The Psychological Zapaterý*, un chaleco en *The Infundium*, y unas camisas de dormir en *The Delirium*.

Ni desespero tampoco de encontrar, cuando vaya fuera de puertas á echar una cana al aire, algún merendero «montado» á la moderna, donde se ostente el clásico letrero, grato á todo honrado vecino de Madrid, arreglado en esta forma:

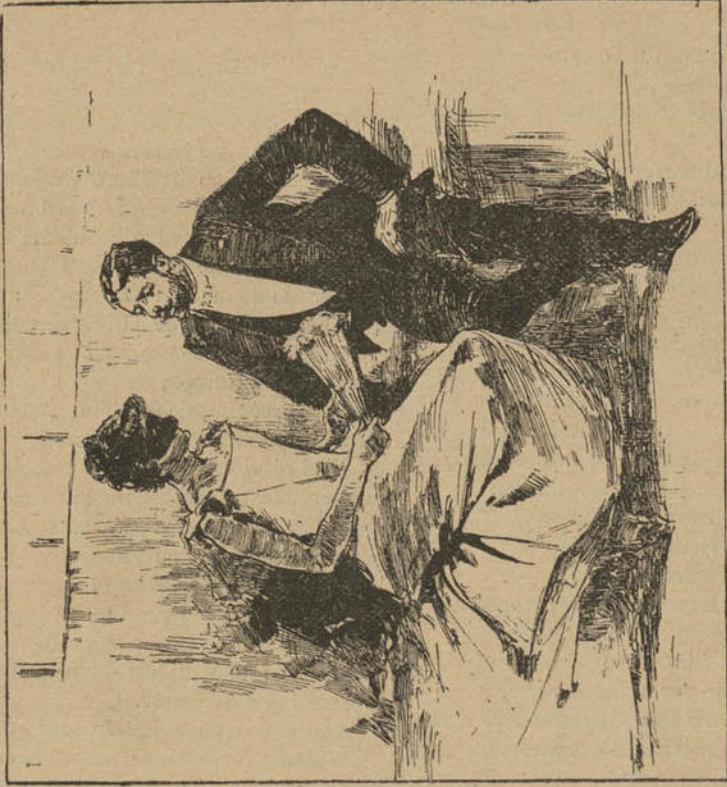
KALLOSH

AND

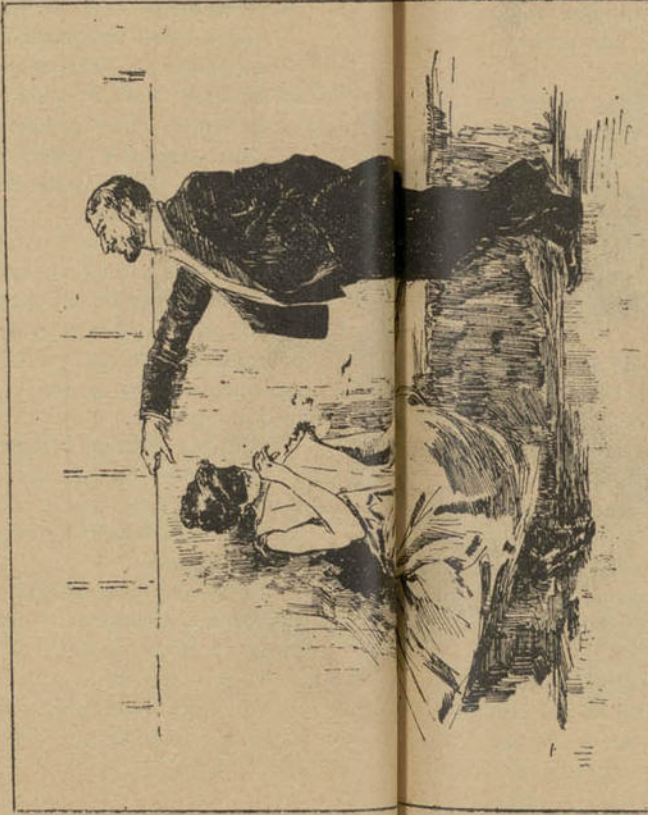
KAKOLESS.



—Esta es la máscara más linda... del baile.



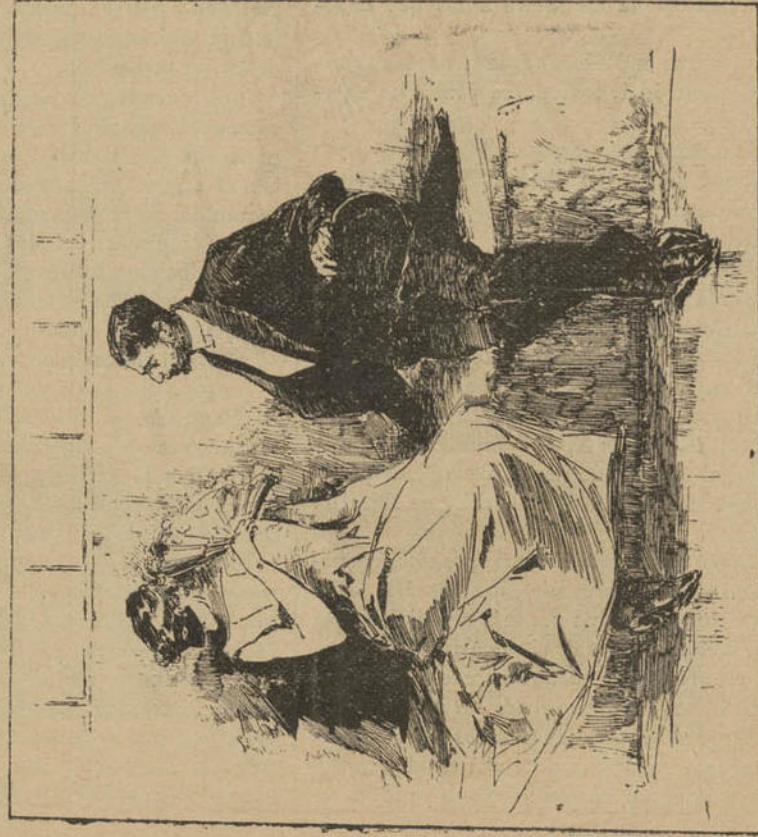
—Bueno, pero no vayas á creer que soy una de tantas...



—Gracias á Dios que se fueron esos!...
—¡Ya es mía! ¡Qué triunfo!



—¿Quieres que me quite la careta en la fonda?... ¡Jesús! ¡Qué vergüenza!



—¡Jesús! ¡Cenar yo en un baile!...



Total: entre duros nuevos y viejos, mil pesetas.

Mientras llegamos, que si llegaremos, á este colmo de la angloparlomanía, digamos con el ángel:

—*¡English fashion for ever! ¡Ave María!*

Y pregunto yo:

¿Por qué al afán que había antes por afrancesar los rótulos de las tiendas, ha sucedido la manía de hacerse el inglés?

Que todos los tenderos son ingleses, harto lo sé yo ¡ay de mí y harto lo sabrán también muchos de mis lectores, dicho sea sin faltarnos.

Por eso mismo no veo la necesidad de acusarse públicamente de semejante defecto... Todo el que lea esos rótulos al uso, exclamará:

—¡Hola! ¿Con que aquí son muy ingleses?

Y cualquiera que sea su pensamiento, será desfavorable al mercader.

Porque si el consumidor es hombre lleno de ingleses, dirá para su capote:

—¡Bah! En esta casa deben de estar muy acosbrados al oficio... Un inglés más para mí y un deudor más para ellos. La cosa no tiene importancia.

Y entrará, y encargará cosas, y no las pagará.

Si, por el contrario, el transeunte es varón educado en el santo temor de Dios y de las trampas, apretará el paso y dirá para su santiguada, como el loco del cuento de Cervantes:

—¡Guarda, que es podenco!

Pero, en fin, más sabe el comerciante en su casa que el comprador en la ajena; y cuando la moda cunde, su cuenta les tendrá á los que la siguen.

Permítaseme tan solo llorar la lenta, pero continua desaparición de los letreros á la culta española.

¡Eran mucho más pintorescos!

¡Con qué delicia leo y releo en mis «flancos» por la coronada villa los rótulos que quedan de ese género acá y acullá!

La Pasionaria, tienda de gorras; *El Autome-donte*, tienda de vinos; *La Himnovadora*, peluquería y barbería, donde ya en la muestra se afeita y toma el pelo ortográficamente, son establecimientos, cuyas muestras tienen para mí muchos más encantos que las de gusto extranjero y esas otras, como *El Bazar X*, *El Sótano H*, y *La Viña P*, que al parecer no tienen más objeto que el de ir soltando á los chicos de la calle en la faena de deletrear.

Y cuando quiero elevar esos encantos á la altura de las delicias celestiales, me voy á la calle del Río y contemplo una vez más aquella famosa muestra de un almacén de ultramarinos:

«*El progreso ante nada retrocede* (aquí la esquina de la casa), *y demostrado así lo tiene.*»

Recuerdo en seguida los *Géneros Nacionales y del Reino*, que se anuncian en una tienda cercana á la Plaza Mayor, y mi placer supera ya los de la

misma gloria, si para remate y coronamiento de mi excursión, descubro en algún escaparate un reclamo lírico por el estilo de aquel célebre que hubo en la calle de la Cruz:

Arroz, almidón, ¡caray!
yo los tengo sin afeite;
¿quiere el parroquiano aceite,
garbanzos? ¡También les hay!

Todo lo cual—vuelvo á decirlo—es mucho más pintoresco, más característico, y aun más llamativo que *The Horterium* y *The Guilladury*; sin contar con que en aquellas expansiones del mercader español de casta y raza, encuentra el observador datos auténticos para dilucidar y esclarecer en el Ateneo el tema de actualidad:

«La forma poética, ¿debe desaparecer de la literatura moderna?»

MARIANO DE CAVIA.

NACIMIENTO DE LA PATTI.

La Patti se encuentra entre nosotros.

¡Hurrah, hurrah y hurrah! por el ruiseñor madrileño de la calle de Fuencarral, Sirena de nuestros oídos y Circe engañadora de nuestros bolsillos.

Estamos en pleno *Pattismo*.

No todo ha de ser hipnotismo y magnetismo.

El empresario del Real refleja en su semblante la satisfacción de su espíritu por las entradas *pattistas* y por la seguridad de que ningún amigo le dará sablazos pidiéndole billetes con pretexto de ser un turno flojo.

Los revendedores se pasean por las inmediaciones del regio coliseo, desatiando el aire pulmonico del Guadarrama, embozados en sus capas, con el andar reposado del conspirador que está seguro del golpe de mano que prepara.

Los empleados del Monte de Piedad reciben á carros alhajas y juegos de cubiertos de aficionados á la eminente y excepcional artista, que por excepción tienen dinero.

Hasta el Gobernador, ejerciendo de San Pedro, se propone que nadie esté de pié en el Paraíso.

Pattizado yo como cualquier otro vecino de esta heroica villa y recordando que habitan en la casa nativa de Adelina (perdón por la franqueza) las actuales propietarias, hijas del general Rojas, señoras que me distinguen con su amistad, resolví celebrar con ellas, siguiendo la moda, un *interview* ó entrevista con objeto de enterarme de cuantos detalles recordasen del fausto natalicio de la encantadora Rosina del Barbero.

Encaminéme á la calle de Fuencarral, crucé el ancho portalón de la casa número 6, subí al piso principal, y pocos minutos después, previos los saludos de ordenanza, se entablaba entre la hija mayor del general, distinguida escritora y señora

LA GASEOSA.

1.^a



—Traiga usted lo que toman allí.

2.^a



—¿Sabes que debe estar bueno esto?

3.^a



—Cómo se *desatapa*?...

4.^a



—¡Cae ello solo!... ¡Echa!

5.^a



—Pues no cae nada

6.^a



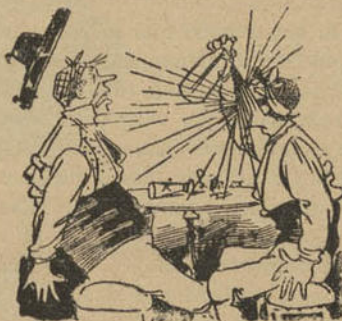
—Esto debe ser francés.

7.^a



—Pues dentro rebulle.

8.^a



—¡Al fin!...

de clarísimo ingenio y amena conversación y este modesto *reporter*, el diálogo siguiente:

—Usted sabe, amiga mía, que el público de hoy agradece mucho que le den noticias de los primeros años en que vivían en la oscuridad los astros que más tarde habían de alumbrar con su genio y su talento el mundo de las ciencias y de las artes. Es sabido que en esta casa dió la Patti su primer vagido, que probablemente no saldría muy afinado, y me permito rogar á usted que, haciendo un llamamiento á su memoria, retroceda años atrás y me refiera los incidentes, que tengan alguna novedad para los lectores de *LA RISA*, relativos á la aparición en escena de la futura reina del canto.

—Lo haré con tanto mayor gusto cuanto que mi familia ha profesado siempre á Adelina un cariño casi fraternal.

—¿Conoció usted á sus padres?

—Mucho. Vinieron á vivir al cuarto tercero de la derecha de esta casa, que ahora cabalmente se encuentra desahogado. Patti era un caballero muy agradable y muy simpático; su mujer, conocida en el mundo teatral por la Barili, apellido de su primer marido, tenía buena presencia, color algo cetrino y unos ojos negros, grandes y rasgados. Era una mezzo-soprano muy notable, y en Lisboa produjo verdadero fanatismo. Conservo un retrato suyo en litografía, que la misma Catalina me regaló, al pie del cual se lee un dístico en portugués, que viene á decir:

«El que quiera gozar del cielo en la tierra no tiene más que oír el dulce acento de tu voz.»

—¿A qué teatro vino contratada?

—Al del Circo. Cantó con éxito, á pesar de no hallarse en la plenitud de sus facultades por lo avanzado de su estado interesante, *Il Giuramento* de Mercadante y *Marta di Rohan* de Donizetti.

—¿Qué sueldo podría tener?

—Lo ignoro; pero recuerdo que no cobró un real, porque tronó la empresa.

—Entonces cantó para el nuncio, como suele decirse.

—Una noche que había reunión en casa sonó un fuerte campanillazo.

—Ahora entra por lo visto lo más interesante del relato.

—Era Patti, que avisaba que su esposa sentía señales de próximo alumbramiento. Mi madre, que los apreciaba muchísimo, subió inmediatamente á su habitación, y á muy poco tiempo y antes de que llegara el médico, tuvo el gusto de coger en sus brazos á la que más tarde había de entusiasmar al público cantando el *Vals d'il Baccio*.

—¿La Patti nacería de pie?

—Es casi seguro. Bautizaron á la niña á los treinta días de haber nacido, y la familia Patti salió á los pocos meses de Madrid.

—¿Es cierto, como he oído decir, que la Barili

perdió la voz á consecuencia del alumbramiento? Si con la vida le dió el dulce encanto de su voz, fué una madre ejemplar.

—No lo sé; pero recuerdo que cuando Adelina vino la primera vez á la corte me dijo que su madre ya no cantaba.

—Y ahora que tan amable ha sido usted conmigo, haciendo gala de su prodigiosa memoria al facilitarme los datos que deseaba, podría usted completar mi entrevista con la visita al cuarto en que Adelina cantó su primera romanza de salida.

—No hay inconveniente ninguno, y mi hermana acompañará á usted.

Favorecido con tan amable compañía subí la ancha escalera que conduce al piso tercero, y entré en la habitación.

Es un cuarto espacioso y destartelado. La sala es grande y tiene á la derecha un gabinete en que está la alcoba, no muy desahogada, con cuatro huecos; la entrada, con puertas vidrieras, dos puertas de escape y un ventanillo á la medianería, por el que entraba un rayo de sol, como queriendo iluminar aquel oriente del arte.

Cuando bajé y me despedí de mi buena amiga, me dijo:

—¡Ah! También ha vivido en el sotabanco de encima de ese mismo cuarto la simpática madre del afamado diestro Salvador Sánchez (Frasculo).

Y pensaba yo al salir de una casa tan artística:

—¿Quién sabe si con el tiempo se pensará en declarar esta casa monumento nacional!

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

EPIGRAMAS.

De Mercedes pidió un día la mano un pollo inexperto á su padre, que sabía que el amante no tenía sobre qué caerse muerto.

Y al decirle su papá: —Con algo usted contará cuando me pide á Mercedes,— repuso: —Cuento con la generosidad de ustedes.

Se tragó por distracción un avaro un napoleón, y el pobre, de angustias lleno, al sentir la indigestión mandó llamar á un galeno.

Tras vomitivos y dietas el doctor con las recetas la salud le devolvió, pero sólo consiguió que arrojara tres pesetas.

CARLOS CANO.

EL MANICOMIO SUELTO.

*Del carro de los locos
todos tiramos;
unos, con tiros cortos;
otros, con largos.
(CANCIÓN POPULAR.)*

I

Más difícil que el binomio
de Newton, sabio profundo,
es resolver si esto es mundo
ó es tan solo un manicomio.
El que piensa con cordura
nunca sabe, en conclusión,
«donde acaba la razón,
donde empieza la locura.»
Yo entre mil dudas me pierdo
siempre que medito un poco,
si estoy cuerdo ó si estoy loco,
si estoy loco ó si estoy cuerdo.
Y ya no sé discernir
si es que *lo soy ó lo estoy*,
pues á un loco he oído hoy
de igual modo discurrir.
Si está cuerdo y encerrado
y discurre como yo,
es evidente que no
debe seguir enjaulado.
Si está loco, y con cordura,
y, cual discurro, discurre,
á cualquiera se le ocurre
que mi cordura es locura,
y que le deben saltar
sin la menor dilación,
ó en la misma reclusión
me deben á mí enjaular.
Así en mil dudas me pierdo
siempre que medito un poco,
si yo soy un cuerdo loco
ó es el otro un loco cuerdo.
Y así no sé en realidad,
ni nadie, si bien se mira,
si su locura es mentira,
si mi cordura es verdad.
Vaya á una casa de orates
quien no la haya visitado,
y escuchará de contado
un millón de disparates.
Pero es seguro, irán pocos,
á quienes un loco serio
no diga con gran misterio:
—No haga usted caso. ¡Están locos!
Y es claro, á cualquiera asalta
al momento la zozobra
de si allí el de dentro sobra,
de si allí el de fuera falta.
Yo la locura no encomio,
pero creo que me fundo
cuando dudo si esto es mundo
ó es tan solo un manicomio.

II

No es menester dar un paso
para saber si esto pasa;
hay un caso en cada casa,
y una casa en cada caso.
Según piensa cada cual,
según quiere, según siente,
desea lo haga igualmente
todo el mundo en general.
Y aun los hombres más apáticos,
más buenos, más bondadosos,



se vuelven pronto furiosos
porque se vuelven fanáticos.
Y hay doctores que aseguran
y propalan por doquiera
que de ninguna manera
los fanáticos se curan;
que una enfermedad tan mala
llega á ser poco después,
que del manicomio es
plus minusve la antesala.
Y no hay duda: el fanatismo
dificilmente se cura,
y, por lo tanto, locura
y fanatismo es lo mismo.
Y en el choque de esas muchas
clases se halla, en conclusión,
la sin igual sinrazón
de la razón de las luchas.
Pasiones contra pasiones,
monarcas contra monarcas,
comarcas contra comarcas,
naciones contra naciones;
todo es lóchar en la tierra,
todo es odiar y reñir,
todo es matar y morir,
todo es rencor, todo es guerra.
Y, para hacerlo, es preciso
que todos locos estén,
porque la tierra un edén
puede ser, un paraíso.
Quien piense, pues, con cordura,
resuelva ahora la cuestión:
¿Impera aquí la razón?...
¿Impera aquí la locura?...
Porque no hay que dar un paso
para saber lo que pasa,
si hay un caso en cada casa,
y una casa en cada caso.

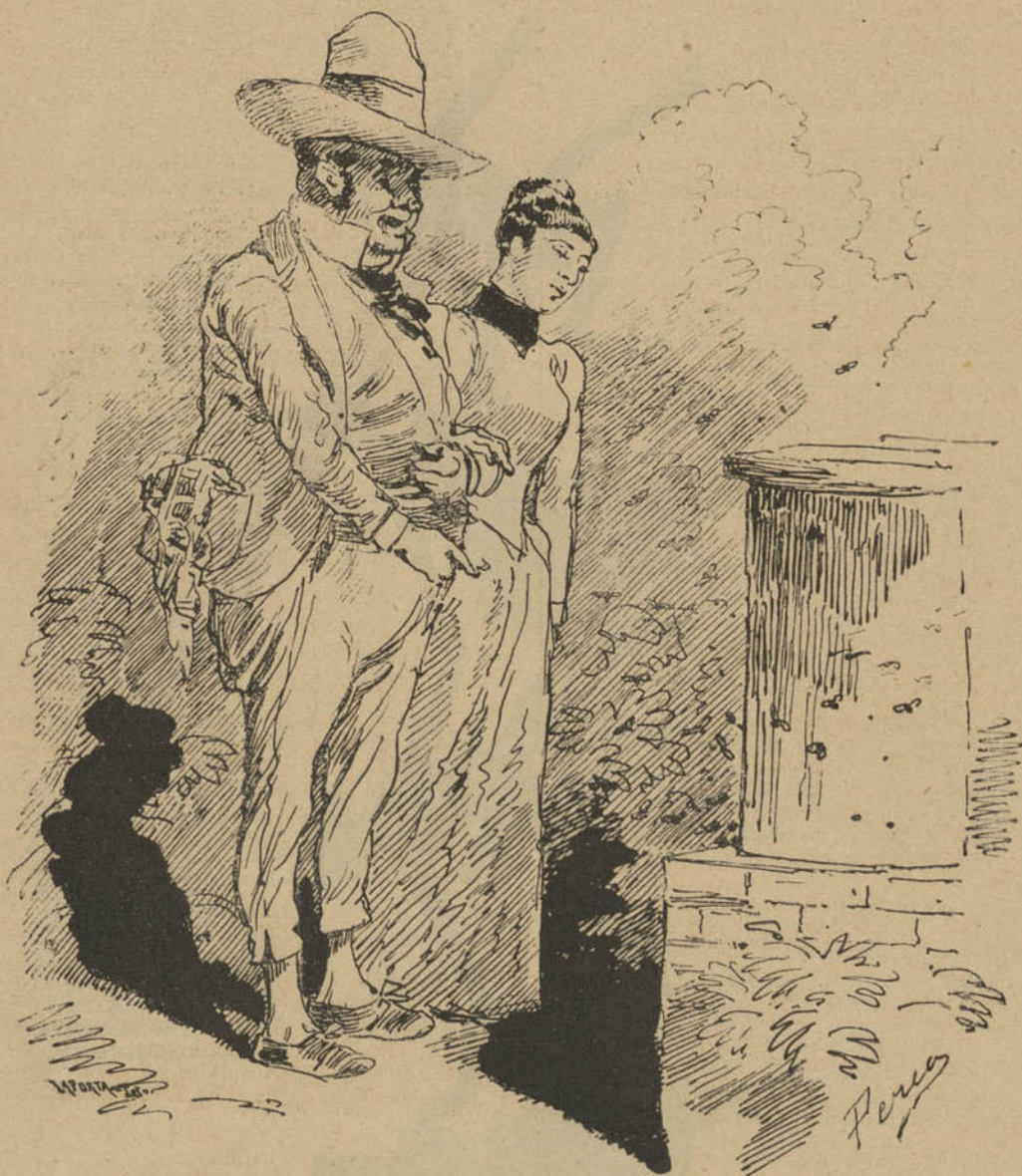
III

En mi empeño más me empeño,
y es quizá poca cordura;
sucede con la locura
lo mismo que con el sueño.
Y ello es que nadie ha podido
afirmar de un modo cierto
si sueña estando despierto,
ó sueña estando dormido.

IV

La anterior composición
á un docto amigo leí,
y dijo muy grave:—¡Sí!
Tiene usted mucha razón —
Sin tener su juicio en poco,
porque es un hombre de mente,
busqué un juez más competente
y la consulté á mi loco.
Y, como el docto, también
cuando llegaba al final
y me esperaba un ¡muy mal!
me dijo á voces:—¡Muy bien!
La cuestión que usted ha tratado
yo tan solo la he resuelto,
y eso que usted anda suelto
y que yo estoy encerrado.
¡Ahí resuelve la cuestión
como la he resuelto aquí!
Pensamos lo mismo. ¡Sí!
Tiene usted mucha razón.—
Temblé oyéndole, y por poco

EN SUS POSESIONES.—(Dibujo de D. Perea.)



—Mira, mujercita mía, por aquí pasaron los romanos.

—Sí pasarían, pero ahora no pasa un alma, y me voy á morir de fastidio en tus posesiones.

en el manicomio quedo,
del miedo que me dió el miedo
de darme razón un loco.

Y hablando á solas conmigo,
me dije: ¡Desgracia inmensa!
Este amigo loco piensa
como el otro docto amigo.
Que yo he resuelto el problema
dicen los dos á porfía...

¡No hay sabio sin su manía,
y no hay loco sin su tema!
Y ya no sé ¡vive Dios!
ya no sé afirmar tampoco
si es que yo solo estoy loco,
ó estamos locos los dos.

V

Por esto en dudas me pierdo
siempre que medito un poco,
si estoy cuerdo ó si estoy loco,
si estoy loco ó si estoy cuerdo.
Quien piense, pues, con cordura,
resolverá la cuestión
de si impera la razón
ó si impera la locura.
Yo, por mi parte, he resuelto
de esta manera el binomio:
El mundo es un manicomio;
pero un manicomio suelto.

LUIS COLL.

DISFRACES SOCIALES.

En este mundo falaz
en donde la farsa impera,
hay quien Carnaval espera
para ponerse un disfraz.
No me tachen de mordaz
si al soltar la carcajada
doy una broma pesada
demostrando francamente
que vivimos socialmente
en perpetua mascarada.

Con su rostro compungido
y su fingida bondad,

don Benigno en sociedad
pasa por un buen marido;
pero en casa, el muy perdido
es con su esposa grosero
y el crítico más severo;
viendo su cara de bobo,
no adivina que es un lobo
disfrazado de cordero.

Fama de moralidad
goza Gil Trampa adelante,
que en Ultramar fué causante
de una *irregularidad*:
mas habla de integridad
y protesta de ordinario
si le dicen lo contrario,
con lo cual de ocultar trata
al mundo que él es un *rata*
con disfraz de *funcionario*.

De la cabeza á los piés,
echándola de majito,
Mil-hombres es el gallito
del barrio de Lavapiés:
de lengua un matachín es;
pero no sabe la gente
que no dice lo que siente
de bravura haciendo alarde,
porque el tal es un *cobarde*
disfrazado de *valiente*.

Don Seráfico Clemente,
que viste siempre andrajoso,
tiene fama de piadoso
por comulgar diariamente.
Mas de él sabe mucha gente
que tiene más de un millón,
que presta sin compasión
á un rédito exorbitante...
por lo cual es un *tunante*
con manto de *religión*.

Juan, engolfado en el vicio,
mata á un hombre con conciencia
de su delito, y la ciencia
le niega á Juan el juicio:
se libra del precipicio
del cadalso en la pendiente;
paga el pato el inocente
y queda triunfante el mal...
¿Y qué es Juan? Un *criminal*
disfrazado de *demente*.

Don Bibliomano Comenta,
que charla hasta por los codos,
conoce los libros todos
pero por sus piés de imprenta:
si la ocasión se presenta,
no obstante de esto el maldito,
comenta cuanto se ha escrito;
y en él ve hasta el ignorante
no al bibliófilo, al *pedante*
disfrazado de *erudito*.

¿Mas para qué continuar?...
Si ejemplos citar quisiera
les digo á ustedes que fuera
el cuento de no acabar.
Habría de censurar
de una manera crúel
á cuantos hacen papel
en la española nación
con trajes de relumbrón
y coronas de oropel.

Vista la farsa social,
yo creo que es inocente
el disfrazarse la gente
en tiempo de Carnaval.
Se viste de *bien* el mal:
el cuerdo pasa por loco;
y en el corrompido foco
que la sociedad ofrece,
ni la verdad aparece,
ni la cordura tampoco!...

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

PASATIEMPOS INOCENTES.

Solución de los publicados en el número 6.

CUADRO.

GAFAS.

Aromo.

Focas.

Amago.

Sosos.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

1.	2.	3.	4.	5.	6.	7.	8.	Lutgarda.
				7.	5.	6.		Dar.
				6.	8.	7.	5.	Rada.
				6.	5.	3.	8.	Rata.
			4.	6.	2.	3.	5.	Gruta.
			8.	7.	2.	5.	6.	Aduar.
1.	2.	8.	6.	7.	8.			Guarda.
	3.	2.	1.	4.	5.			Tulga.
	7.	6.	5.	4.	8.			Draga.
		7.	5.	4.	8.			Daga.
		4.	5.	3.	8.			Gata.
			3.	2.	1.			Tul.

MOSAICO.

T.

LIS.

LIBIA.

PADILLA.

Han remitido las soluciones Anaxiteles Von Pucheta.—Un guajiro.—P. M. S.—M. C.—La de enfrente.—Juan José Jiménez.—La cojita.—Julia.—R. P. Ouldfeld.—Ambos hermanos.—Doña Rodríguez de Grijalba.—Franklin.—Incera y Vacallanis.—Un ampurdanés.—Juan José del Junco.

* *

INCÓGNITA.

Hallar el nombre de un sér fantástico y el propio de una mujer, ambos de cinco letras, y que combinando unas con otras den el de un célebre soberano.

* *

CHARADA.

Prima dos de esta charada
somos cuatro de igual nombre,
de distinto sobrenombre,
pero del mismo valor.
Goza gloria bien ganada
por poeta, dos y una;
la Italia tuvo por cuna
y á gran dama dió su amor.

M. MARZAL.

MADRID, 1888.

Imprenta y librería de Miguel Guíjarro, Preciados, 5.

EL CARNAVAL, por Urrutia.



¡Esto se va!

